



FERNANDO
PESSOA

EL MISTERIO
DEL MUNDO

ANTOLOGÍA

SELECCIÓN Y TRADUCCIÓN DE
JOSÉ LUIS GARCÍA MARTÍN

FRAGMENTO

P

Paréntesis

Colección Orfeo

OTROS TÍTULOS DE PARÉNTESIS EDITORIAL

- **COLECCIÓN DE FACTO**

Javier Villanueva. La verdadera historia,
INMA PORTALO Y JAVIER VILLANUEVA
Ulises y las sirenas. El dilema de la infidelidad,
JESÚS COTTA

- **COLECCIÓN ORFEO**

Cuchulain de Muirthemne, LADY GREGORY
La sangre y el eco, JULIO MANUEL DE LA ROSA
Todas las mujeres, JOSE MARÍA CONGET
Los consulados del Más Allá, AQUILINO DUQUE
La fiebre de Siam, EDUARDO JORDÁ
Las historias gallegas, ÁLVARO CUNQUEIRO
La catedral, VICENTE BLASCO IBAÑEZ
Croquis a mano alzada y Las campanas de Antoñita
Cincodados, JULIO MANUEL DE LA ROSA
El misterio del mundo. Antología, FERNANDO PESSOA
Croquis a mano alzada y Las campanas de Antoñita
Cincodados, JULIO MANUEL DE LA ROSA

- **COLECCIÓN UMBRAL**

Vacaciones de invierno, JOSÉ MANUEL BENÍTEZ ARIZA
Plaza del Cabildo, EMILIO DURÁN
El centro de la Tierra, ANDRÉS PÉREZ DOMÍNGUEZ
El viento y la arena, ANTONIO REYES MATEO
Hildur, TONI MONTESINOS
Doménica, JOSÉ ÁNGEL CILLERUELO
Sueños de libertad, CARLOS ALGORA



Fernando Pessoa (1888-1935) es una de las figuras más fascinantes y enigmáticas de las letras europeas. Pasó parte de su infancia y juventud en Sudáfrica, donde aprendió el inglés que más tarde le serviría para ganarse la vida como traductor de cartas comerciales y en el que está escrito su primer libro de poesía, *Antinous* (1918). Publicó en la revista *Orpheu* y un solo libro en portugués, *Mensagem* (1933). Su ingente obra sólo se ha ido editando tras su muerte.

FERNANDO PESSOA, SINGULAR Y PLURAL

Fernando Pessoa es algo más que un poeta, o que una pluralidad de poetas; es uno de los grandes mitos de la literatura universal. El mito del genio que vive desconocido de sus contemporáneos, casi en la miseria, y que al morir deja un arca inagotable rebosante de obras maestras. Muerto en 1935, todavía, más de setenta años después, se siguen publicando textos inéditos suyos.

Como en todos los mitos, en el de Pessoa hay un fondo de verdad, pero también mucho de fantasmagórica confusión. Es cierto que en vida publicó solamente un libro, *Mensagem*, y unos folletos de versos ingleses, pero había colaborado en las más significativas revistas de su tiempo –de *Orpheu* a *Contemporânea*, pasando por *Athena*, dirigida y casi escrita en su totalidad por él– y en ellas había dejado una muestra significativa de lo plural de su talento. Es cierto igualmente que el gran público permanecía ajeno a esa labor, pero las mentes más alerta –los jóvenes estudiantes de Coimbra reunidos en torno a *Presença*, por ejemplo– no tardaron en descubrir en él al maestro.

Pessoa vivió siempre muy consciente de su valía. En 1914 –tenía 26 años– escribía a su madre: «Mis amigos me dicen que yo seré uno de los mayores poetas contemporáneos –me lo dicen viendo lo que ya he hecho, no lo que podré hacer (en caso contrario no citaría lo que ellos dicen). Pero ¿sé yo verdaderamente lo que eso, aunque se realice, significa? ¿Sé yo a *qué sabe eso*? Acaso la gloria sepa a muerte e inutilidad, y el triunfo huele a podredumbre». Cuando dos años antes, en unos resonantes artículos, profetizó la llegada del supra-Camoens, estaba quizá pensando en

sí mismo. Le gustaba medirse con los grandes hombres y por eso escribió sonetos en lengua inglesa que querían emular a los de Shakespeare y un *Fausto*, finalmente inacabado, con el que pretendía igualar a Goethe.

Nacido en Lisboa en 1888 (el mismo año que Eliot), Pessoa se educó en África del Sur. Su primera lengua literaria no fue el portugués, sino el inglés, y en inglés escribió su última anotación: «*I know not what tomorrow will bring*». Pero sus últimas palabras fueron en portugués: «*Dá-me os óculos*». El conocimiento del inglés —y de otras lenguas modernas— le permitió ganarse la vida como redactor de cartas comerciales en diversas empresas.

Pessoa no fue nunca el oscuro oficinista, el contable que ha de pasarse las horas metido en un cuchitril. Pessoa —de familia burguesa y culta— vivió como quería vivir: trabajando lo indispensable y sin sujeción a horarios, siempre disponible para lo fundamental: su obra poética. Y no sólo para ella. Porque Pessoa era un hombre de muy varios talentos: además de intentar todos los géneros literarios, se ocupó de la filosofía, de la sociología y de la economía. Y llegó a patentar algún invento.

Pero casi todos sus proyectos, literarios o no, quedaron en eso. En ninguna obra completa hay tantos fragmentos como en la suya. El mayor enemigo lo tuvo en su propia fecundidad imaginativa. Habría necesitado más de una larga vida —y la suya fue breve: cuarenta y siete años— para llevar a término tanto como imaginaba.

Fernando Pessoa gustaba de las paradojas. Toda su obra está sembrada de ellas. También su vida. Racionalista a ultranza (era un gran aficionado a las novelas detectivescas en la estela de Sherlock Holmes), se dejó tentar por el espiritismo y otras fantasmagorías. Tuvo relación con un célebre mago de satánica fama, Aleister Crowley, y con él fingió una desaparición y un falso misterio que llenó las páginas de los periódicos.

No, no fue un fracasado Fernando Pessoa, aunque sólo publicara un libro en vida y ese libro, según quiere la leyenda, fuera desdeñado en un certamen oficial, relegado a un segundo puesto. (No se suele decir que, gracias a la intervención de António Ferro, político salazarista y gran admirador suyo, la dotación económica de ese segundo premio fue igualada a la del primero.)

Vivió libre Fernando Pessoa y exactamente como deseó vivir. Una de las anotaciones del *Libro del desasosiego* podría servirle de lema: «Ni el placer ni la gloria ni el poder; la libertad, únicamente la libertad».

Solo se le conoce un amor con nombre propio, Ophelia Queirós, y por dos veces renunció expresamente a ese amor: «Mi destino pertenece a otra Ley —escribió en la primera carta de despedida—, de cuya existencia Opheliña nada sabe, y está subordinada cada vez más a la obediencia de maestros que no consienten ni perdonan».

Esos maestros que no consienten ni perdonan se han relacionado con el ocultismo, con el carácter iniciático de la obra de Pessoa, con su pertenencia a los rosacruces y a otras organizaciones secretas. Tienen más que ver con la exigente dedicación a su obra y a la prodigiosa fabulación de su «drama en gente».

Han sido muchos, a lo largo de la historia, los escritores que han jugado a ocultarse tras pseudónimos y a inventar diversos personajes a los que atribuir parte de su obra. El propio Pessoa, desde niño, creó numerosos personajes, aún no del todo completamente inventariados.

Pero lo que ocurrió un día de 1914 fue algo distinto, aunque la intención primera no pasara de una broma más, de otro juego literario. Oigamos al propio Pessoa contárselo a Adolfo Casais Monteiro en una larga y famosa carta fechada el 13 de enero de 1935:

Allá por 1912, salvo error (que no puede ser grande), me vino la idea de escribir unos poemas de índole pagana. Esbocé unas cosas en verso irregular (no en el estilo de Álvaro de Campos, sino en un estilo de media regularidad) y abandoné el asunto. Se me había esbozado, a pesar de todo, en una penumbra mal urdida, un vago retrato de la persona que estaba haciendo aquello. Había nacido, sin que yo lo supiese, Ricardo Reis.

Año y medio, o dos años después, me acordé un día de gastarle una broma a Sá-Carneiro —de inventar un poeta bucólico, de naturaleza complicada, y presentarlo, ya no me acuerdo cómo, con alguna apariencia de realidad. Emplé un tiempo en elaborar el poeta, pero nada conseguí. Un día en que finalmente había desistido —fue el 8 de marzo de 1914— me acerqué a una cómoda alta y tomando un papel comencé a escribir, de pie, como escribo siempre que puedo. Y escribí treinta y tantos poemas seguidos, en una especie de éxtasis cuya naturaleza no conseguiré definir. Fue el día triunfal de mi vida, y nunca conseguiré tener otro así. Comencé con un título, «El guardador de rebaños». Y lo que siguió fue la aparición de alguien en mí, a quien enseguida di el nombre de Alberto Caeiro. Discúlpeme lo absurdo de la frase: había aparecido en mí mi maestro. Fue esa la sensación inmediata que tuve. Y tanto es así que, escritos esos treinta y tantos poemas, inmediatamente cogí otro papel y escribí, uno tras otro también, los seis poemas que constituyen la «Lluvia oblicua», de Fer-

nando Pessoa. Inmediatamente y totalmente... Fue el regreso de Fernando Pessoa Alberto Caieiro a Fernando Pessoa él solo. O mejor, fue la reacción de Fernando Pessoa contra su inexistencia como Alberto Caieiro.

Aparecido Alberto Caieiro traté luego de descubrirle –instintiva y subconscientemente– unos discípulos. Arranqué de su falso paganismo al Ricardo Reis latente, le descubrí el nombre, le ajusté a sí mismo, porque en esa altura ya lo veía. Y de repente, y en derivación opuesta a la de Ricardo Reis, me surgió impetuosamente un nuevo individuo. De un tirón, y en la máquina de escribir, sin interrupción ni enmienda, surgió la «Oda Triunfal» de Álvaro de Campos –la oda con ese nombre y el hombre con el nombre que tiene.

A esa jornada triunfal de 1914 –quizá algo fantaseada en la recreación posterior, cuando Pessoa ya tenía la vista fija en la inmortalidad– faltó un nombre, el de Bernardo Soares, «ayudante de guarda-livros na cidade de Lisboa». Pero Pessoa no le consideró nunca un heterónimo al mismo nivel que los otros, sino «una personalidad literaria», como le escribió a João Gaspar Simões en 1932. Aunque los primeros fragmentos del *Libro del desasosiego*, el título que inmortalizaría el nombre de Bernardo Soares, comenzaron a publicarse en fecha tan temprana como 1913, la obra tardaría en adquirir su verdadero sentido: en un principio se trataba de preciosistas trozos de prosa literaria, muy en la línea decadente del fin de siglo. Hasta finales de los años veinte no adquiriría el *Libro del desasosiego* su peculiar carácter de diario íntimo, de punzante confesión de una vida en la que no pasa nada, salvo el tedio.

La diferente, y aun opuesta, personalidad de los heterónimos se manifiesta sobre todo en sus poemas, pero Pessoa además se preocupó de trazar su retrato y las líneas sumarias de su biografía. Así, Alberto Caieiro, el maestro de todos, incluso del propio Pessoa, nació en Lisboa en 1889, pero pasó casi toda su vida en el campo. No tenía profesión y apenas estudios; vivía de unas pequeñas rentas junto a una pariente anciana; murió tuberculoso. Ricardo Reis se educó con los jesuitas y era un buen latinista, además de conocer el griego; nacido en Oporto, en 1887, ejerció la medicina y en 1919 se exilió a Brasil, debido a su condición monárquica; en 1935, año de la muerte de Pessoa, aún vivía (Saramago le convirtió en protagonista de una de sus más famosas novelas). Álvaro de Campos estudió ingeniería naval en Glasgow; hizo un largo viaje por Oriente; había nacido en Tavira, en 1890; usaba monóculo y

tenía un aspecto «que recordaba vagamente al de un judío portugués» (Pessoa tenía ascendencia judía).

Reis y Campos, como el propio Pessoa, fueron además excelentes críticos y teóricos de la literatura. Álvaro de Campos llegó a polemizar públicamente con Pessoa y a intervenir en su noviazgo con Ophelia Queirós, escribiéndole a la sorprendida joven algunas cartas un tanto insolentes.

La poesía de los cuatro no puede ser más diversa. Si sólo hubieran llegado hasta nosotros sus poemas, difícilmente averiguaríamos que correspondían al mismo autor. Alberto Caeiro, «reconstructor del sentimiento pagano», «objetivista absoluto», escribe en verso libre, a ratos casi en prosa, desdeñando la visión animista de la naturaleza que caracteriza a los poetas saudosistas como Teixeira de Pascoaes.

Ricardo Reis es pagano de otra manera; ha leído a Horacio y a los poetas de la *Antología Palatina* y gusta del tono moralista y sentencioso. Si Caeiro era naturalmente pagano; Reis lo es cultural y algo artificialmente. Suyos son, sin embargo, algunos de los más memorables poemas escritos por Fernando Pessoa.

Álvaro de Campos comenzó siendo un poeta vanguardista (en portugués se emplea el término «modernista»), heredero del futurismo y cantor del mundo moderno. A él se deben dos de los más excepcionales poemas extensos de la literatura contemporánea, la «Oda Triunfal» y la «Oda Marítima», que tienen el vigoroso acento de Walt Whitman y una complejidad hasta entonces desconocida. Luego evolucionó hacia una poesía desengañada y existencial, de abúlico nihilismo.

Fernando Pessoa él mismo es también un poeta plural. Comenzó añadiendo a la literatura de vanguardia nuevos ismos —el paulismo, el sensacionismo—, luego cultivó un lirismo musical y cancioneril de estirpe simbolista; sus últimos poemas coinciden con el desgarró y la desesperanza de Álvaro de Campos, alternándose con sátiras, que circularon anónimamente, al fascista Estado Novo (al que, sin embargo, parece haberse adherido inicialmente): Salazar es un «pobrecito tirano» que «no bebe vino ni café», pero sí la verdad y la libertad y «con tal agrado / que empiezan a faltar / en el mercado». Gustó también de la poesía popular y nos dejó una abundante colección de «quadras» o coplas neopopularistas.

La obra de Pessoa, anticipada en revistas o mayoritariamente inédita, comenzó a ser patrimonio de todos a partir de 1942 cuando João Gaspar Simões y Luís de Montalvor comenzaron en la Editorial Ática la publicación de sus obras completas con el volumen *Poesía*, de Fernando Pessoa, al que seguirían tres tomos con los poemas de los principales heterónimos. Cuarenta años después aparecería la última obra importante de Pessoa que quedaba por editar, el *Libro del desasosiego*. Pero no acaba ahí la labor de los pessoanos: hasta hoy mismo se siguen publicando inéditos o barajándose de distinta manera los textos ya conocidos. A los verdaderos lectores de poesía toda esa académica actividad les suele interesar poco, a ratos parece no pasar de un entretenimiento académico. Lo fundamental de Pessoa hace años es que está al alcance de todos. Y nos descubre inéditos matices en cada nueva lectura.

JOSÉ LUIS GARCÍA MARTÍN,
verano de 2009

IR A LA FICHA DEL LIBRO

**Queda prohibida, bajo sanción prevista por la ley,
cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y
transformación de esta obra sin permiso previo por escrito
de los titulares del copyright.**